

Los jóvenes, la fe y la increencia

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Es escalofriante ver los resultados de la encuesta *Young People's Voices on Climate Anxiety, Government Betrayal and Moral Injury: A Global Phenomenon*, *Lancet Planetary Health*. Realizada en septiembre de 2021 a 10,000 jóvenes de 16 a 25 años, en 10 países.

75% de los jóvenes piensan que el futuro es espantoso

56% que la humanidad está condenada

50% que tendrán menos oportunidades que sus padres

40% no quieren traer niños a ese mundo que se derrumba

65% piensa que los gobiernos abandonan a la juventud

60% que los gobiernos mienten sobre su inacción climática

Esta es la primera generación de menores de 35 años que en unos 100 años ha resultado más pobre que la anterior, la depresión económica del 2008 fue particularmente severa para quienes estaban empezando la etapa laboral y la economía del mundo no se había recuperado aun cuando fue agravada por la epidemia de SARS CoV-2 en 2019.

Ante el desencanto por la falta de oportunidades para desarrollar sus capacidades han reaccionado cuestionando con furia a los gobiernos, las instituciones, los sistemas y los principios y valores, no siempre llegando a determinar las causas, a veces dispersándose en los efectos y aportando escasas propuestas bien construidas.

Uno de los responsables de su tragedia en la repartición de culpas es Dios y la religión organizada y cuando no se reconoce a Dios, el valor universalizador que posee la moral, que cuenta con Dios como fundamento queda roto. La moral fraccionada da lugar a un choque de concepciones morales -en el ámbito social, político, económico- que rompe con la unidad de lo humano y genera antes o después formas de violencia.

“No es cierto que el hombre no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo que es cierto es que sin Dios no puede, a fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre”. (Henri de Lubac).



Toda forma de humanismo ateo manifiesta claramente la necesidad de *salvación* que tiene el hombre, salvación de la alienación en que se encuentra, o de la opresión económica o social, o de la alienación psicológica, o de la oscuridad y sin sentido con que se percibe su vida. Muchos de los planteamientos ateos apuestan por una auto-liberación del hombre, para otros es la clase social, o la política, o la técnica, o la medicina, o la cultura, los que deben salvar. Para el cristianismo, el anuncio de Jesucristo es el anuncio de la salvación total del hombre. Cristo se presenta como el salvador y el modelo de la humanidad a través de la carne asumida.

Aunque la humanidad no siempre lo sepa. Dios es la realidad que se busca incesantemente, con una inquietud que no le permite descansar hasta que lo alcanza.

El proceso de la increencia guarda alguna semejanza con el de la fe. La increencia no es el resultado de un riguroso proceso racional, porque no puede haber razones suficientes que la produzcan, sino que también ella es fruto de una decisión, de una opción existencial.

En la historia judía, la tentación permanente no es el ateísmo, sino la idolatría. La tentación del pueblo no es dejar de creer en Dios, sino vivir como si Él no existiera.

La raíz esencial de la increencia está en el mismo hombre, al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás, y con el resto de la creación.

Existe una insatisfacción en la humanidad que solo puede ser saciada por Dios, pero eso implica subordinarse y ceder libremente el control de nuestra vida a la voluntad de Dios.

La soberbia y arrogancia del hombre actual lo lleva a resistirse y así el sentido de la vida, que es el amor, se diluye en la búsqueda desaforada de poder y dinero vaciando el alma y condenándolo a una existencia absurda.

En la búsqueda de la verdad, la bondad, la belleza y la unidad, el hombre tiende a la perfección, ante las experiencias del mal, anhela la justicia y la paz, los bienes no llenan el alma, cuando el hombre invierte los valores y equivocadamente da prioridad a las “cosas materiales y al poder” sobre Dios. Queda alienado.



Las raíces más frecuentes de la increencia se hallan en el conocimiento superficial, la libertad y la pregunta humana por el sentido de la existencia. Las respuestas posibles a todas las preguntas sobre el conocimiento, la libertad y el sentido de la existencia son, o bien que la vida del hombre no tiene sentido, o que sí lo tiene.

En el primer caso, es decir, si la vida carece de sentido, todo es absurdo. No quedaría más remedio entonces que aceptar ese absurdo como la entraña del dramatismo de la vida humana, renunciando a toda posible donación trascendente de sentido, y por tanto a Dios. Una variante de esta forma desesperada sería la propuesta posmoderna que invita a renunciar a los “grandes relatos”, a las grandes cuestiones, y atenerse a la vida corriente sin más cuestionamiento.

Sí, en cambio, se afirma que la vida tiene sentido, se debe evitar el riesgo de ofrecer una respuesta utilitarista, y presentar un Dios funcional, a la medida de las necesidades humanas (el “Dios tapagujeros”). Pero puede también -y es lo más lógico- que el sentido de la vida se conozca como resultado de abrirse a la realidad y a la respuesta que encontramos en Dios.

Nadie llega a la fe por un camino puramente racional, porque la fe no viene por la conclusión de una demostración, ni el objeto de la fe (los misterios) pertenecen a este mundo. La fe es gracia de Dios y, desde el punto de vista del hombre, es fruto de una decisión libre y razonable. Para llegar a la fe, el hombre debe querer libremente creer y comprometerse con esa decisión tanto en la búsqueda de la fe como, cuando ya se tiene, en vivir de acuerdo a ella.

La fe surge como un acto de elevada calidad moral (la fe lleva consigo compromiso, entrega, obediencia, etc.), su relación con la libertad es más clara y, sobre todo, más de acuerdo con la verdad.

Dios quiere que usando nuestra libertad optemos por Él. La plena realización del plan de Dios está en el hombre libre en armonía con la creación y adornando a su Creador.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que existen “argumentos convergentes y convincentes que permiten llegar a verdaderas certezas”. El conocimiento natural de Dios consiste, entonces, en la percepción de múltiples indicios que apuntan en una dirección determinada, y dan lugar en su conjunto a la fundamentación de una auténtica certeza.



El Catecismo enseña que el punto de partida del acceso a Dios es la creación, y concretamente el mundo material y la persona humana. Partiendo del mundo, y atendiendo al movimiento y devenir, a la contingencia, al orden y a la belleza se puede conocer a Dios como origen y fin del universo.

Sin fe no hay esperanza y sin esperanza no hay fe, y la manifestación de ambas se encuentra en las obras de bondad, sin ellas no hay ninguna.

El acto de fe es un acto humano, es decir un acto de la inteligencia del hombre, el cual, bajo el impulso de la voluntad movida por Dios, asiente libremente a la verdad divina, la fe es cierta porque se fundamenta sobre la Palabra de Dios; “actúa por medio de la caridad” (Ga 5,6); y está en continuo crecimiento, gracias, particularmente, a la escucha de la Palabra de Dios y a la oración. Ella nos hace pregustar desde ahora el gozo del cielo.

Aunque la fe supera la razón, no puede haber nunca contradicción entre la fe y la ciencia, ya que ambas tienen su origen en Dios. Es Dios mismo quien da al hombre tanto la luz de la razón como la fe.

La fe es un don gratuito de Dios, para quienes la piden con humildad. La fe es un acto personal que mediante la inteligencia y la voluntad de la persona acepta libremente a Dios que se revela.

Inteligencia y voluntad intervienen armónicamente en el acto de fe, si no interviniera la inteligencia, el acto de fe sería ciego e irracional, si no interviniera la voluntad, o no se llegaría nunca a prestar el acto de fe, o la fe desaparecería como tal por haberse disuelto en ciencia.

Pero la fe no es solo asunto de inteligencia, como pretende el racionalismo, para quien solo lo evidente racionalmente se hace creíble. En el acto de fe interviene también -y esencialmente- la voluntad del hombre. “En las cosas de la fe consentimos con la voluntad y no por necesidad de la razón, porque están más allá de la razón”. Para que haya fe tiene que darse un asentimiento voluntario y libre. La fe descansa en el querer.

Sólo se cree si libremente se quiere creer. Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie. La fe es libre, pero no es indiferente, pues no es lo mismo creer, qué no creer. De la revelación de Dios emanan las razones para creer, pero es necesario que la inteligencia y la voluntad libremente decidan la adhesión. La revelación de Dios nunca nos da todas las razones para creer, hasta el punto en que fuera una adhesión necesaria.



Fe y razón constituyen un doble orden de conocimiento, entre ellas no hay contradicción sino mutua ayuda, la razón profundiza en la fe (teología), y la fe libra del error a la razón.

Las preguntas más fundamentales que se hace el hombre sobre su origen, su destino, su identidad, las cosas que verdaderamente le importan, -la relación con los demás, la justicia, la paz...- el modo a través del cual adquiere sus conocimientos, etc., todas estas cuestiones dependen mucho más del creer que del saber fundado en evidencias racionales.

La revelación de Dios es sobre todo una Persona, Jesucristo, y la fe es un proceso complejo desencadenado por el encuentro del hombre con Cristo. No hay nada que me obligue a creer, y por tanto creo si quiero. La voluntad consiente voluntariamente a lo que la inteligencia conoce, y si no quiere creer, no cree.

Por otra parte no basta con querer para creer porque la fe también es gracia, pero es verdad que solo el que quiere creer acaba creyendo, de manera que sin la voluntad de creer la gracia se hace ineficaz.

Es a través del impacto de las buenas obras que volverá la esperanza y con ella la fe en Dios.

“La palabra inspira, pero el ejemplo arrastra”.

11 de diciembre 2021

24 años del día en que nuestra amada hija Luisa, murió al nacer, ella sería parte de esta generación.

